



Una caja que me fascinaba; no por sí misma — sólo era una cajita metálica de color verde, rectangular y muy plana, como para dos capas de cigarrillos que debió de caber bastantes porque tenía unos veinte centímetros de larga — sino porque en nuestro ambiente de costumbres sobrias y sin más conocidos que los matrimonios¹ generalmente del pueblo que venían los domingos por la tarde a las [sesiones de espiritismo](#), su procedencia extranjera y sus palabras escritas en inglés me resultaban francamente exóticas y me hacían imaginar lugares y personas muy distintos de nosotros.

Además: cigarrillos.

Mi padre [no había fumado jamás](#), pero como además la caja yo la asociaba más con mi madre, porque estaba en el cajón derecho de arriba de su comodín, el cajón en que guardaba sus objetos personales, no era a él a quien imaginaba fumándolos sino a ella; y hablando en inglés — con unas personas de modales muy exquisitos — de temas que no estaban relacionados ni con el espiritismo ni con la guerra nuestra... Que se la llamaba así para diferenciarla de la mundial.

¹ A los que mis padres llamaban “amigos” sólo porque los maridos habían estado en el mismo bando cuando la guerra.